

a mi pecho que acabe, al bien, que venga,  
y quiero desgraciarme;  
[...] me detengo [...]  
refluyen mis instintos a sus sogas,  
humea ante mi tumba la alegría  
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,  
desde mi piedra en blanco, déjame,  
solo, cuadrumano, más acá, mucho más lejos  
(V., págs. 222-223).

La realidad asumida es, por consiguiente, tanto en Unamuno como en Vallejo, la candente cuestión de la propia vivencia y supervivencia personal; cuestión estimulada por unos acontecimientos concretos —los de la guerra civil en España— hasta la exasperación del hecho irremediable y consumado de la escritura textual. Ello nos lleva como de la mano a una nueva reflexión que es una nueva, y lógica, vuelta de tuerca.

3.<sup>a</sup>) *El texto como signo*. Queda dicho que el proceso semiótico es, en su más honda entraña, una producción de sentido humano. El cotejo de los textos de Unamuno y de Vallejo es una prueba irrefutable de ello. Resumo de manera esquemática en los apartados que siguen.

a) No es simplemente la coyuntura dramática de España, como nación concreta, la que provoca una preocupación obsesiva en el hombre-poeta Miguel de Unamuno y Jugo ni en el hombre-poeta César A. Vallejo Mendoza. Lo es, significativa y precisamente, la coyuntura dramática de España *en cuanto signo* al que se inyecta, previa y conscientemente, un significado humano, constelado de referencias simbólicas. Es, en los dos, la preocupación por la humanidad entera, y, muy en especial, la preocupación por la propia supervivencia del hombre que cada uno es —que son los dos— en la existencia y en el lenguaje —notas, poemas—; al tiempo que la preocupación por la supervivencia —«comunal» en Unamuno, «colectiva» en Vallejo— del hombre genérico —«comunidad», «masa»—. Escribí hace años: «El porvenir político, social, económico, incluso el porvenir humano de España no es significativo» a niveles críticos. Me refería al texto de Vallejo. Me ratifico en lo escrito. Y ahora lo abro para acoger en su seno a Unamuno.

b) En consecuencia, sin negarle sus profundísimas resonancias en la personalidad de Unamuno y en la de Vallejo, la guerra civil del 36 fue tan sólo la chispa que puso en marcha el complicado motor psíquico-artístico de cada uno y que llevó a cada uno a una meta concre-

ta, diferente pero cercanísima: unas descuidadas y rabiosas *Notas* en Unamuno, quince poemas cuidadosa y rabiosamente hilvanados en Vallejo. Se confirma, así, por otro camino, que la guerra española tuvo —y tiene, si admitimos para el arte la marca de la universalidad— exclusivamente carácter de realidad asumida, elevada intencionalmente a nivel de signo.

c) La forma concreta en que lo dicho se hace realidad textual, puede asegurarse que es la cristalización poética —en ambos textos— de una inocultable atmósfera cultural asimilada dialécticamente, de una cierta visión cristiana —o, por lo menos, religiosa— del mundo y de la vida, que, superando —en ambos textos— los principios ideológicos humanistas y sociales del materialismo marxista —aunque, en el texto de Vallejo, apoyándose en ellos y anexionándolos—, ofrece una panorámica total de ese mundo, de esa vida, y del hombre en lucha con el dolor y la muerte. Todo ello, textualizado de una manera singular en virtud de la cual ambos textos son autónomos, inconfundibles el uno con el otro, y distinguibles ambos de cualquier otro texto.

d) La diferencia más notable entre el texto de Unamuno y el de Vallejo estriba en la construcción de cada texto. Analítico y sin plan previo aparente, el texto de Unamuno es —como dicho queda— un resumen o recapitulación de toda su obra. De esta forma, se constituye en el verdadero Índice en el que todos los títulos de la obra unamuniana están colocados. Los hilos del tejido temático —como también queda dicho— son individualizados en el estudio de Feal. El texto de Vallejo es una síntesis temática que urde su trama en torno a cuatro hilos extraídos de la realidad textual bíblico-religiosa: dos pertenecen al Antiguo Testamento —el «Canto del Siervo de Yahveh», del profeta Isaías, y la «Nueva Jerusalén», también de Isaías— y dos al Nuevo Testamento —el misterio de la «Trinidad» y la «Redención de Cristo»—; la trinidad está constituida por tres elementos —«España», el «Proletario» y el «Socialcristianismo comunista»—, y la redención se personifica en el Proletario, que es quien debe llevarla a cabo. Nada escribiré aquí acerca del funcionamiento de esta trinidad o tríada temática. Remito al lector interesado a lo ya escrito por extenso en otro lugar. (Ver Francisco Martínez García, *César Vallejo. Acercamiento al hombre y al poeta*, León, Colegio Universitario, 1977, pág. 207 y ss.) Me interesan

tan sólo algunos pasajes de Unamuno y de Vallejo que, saturados de sentido —como signos que son—, hacen que la distancia que separa a los dos textos sea mínima y, en algunos casos, se reduzca a cero. Se trata, pues, de pasajes concordantes. Con ellos establezco la prometida ejemplificación comparada. No están aquí todos los que son, pero los que están sí son, aunque —como indiqué— no pretenda yo, ni siquiera remotamente, suplir a un denso y extenso estudio; más: no quiero ni insinuar las posibles pistas que conducirían a una comparación textual sistematizada.

He aquí los textos, sometidos a la mínima organización necesaria.

Existen, ante todo, pasajes cuya realidad asumida concreta —y anecdótica— es (tienen) la misma o idéntica referencia, tanto local como personal.

Escribe Unamuno:

La sangrienta batalla de Talavera de la Reina (A1, pág. 19),  
La toma de Talavera (E3, pág. 55).

Y Vallejo escribe:

Luego, retrocediendo desde Talavera,  
en grupos de a uno, armados de hambre, en masas de a uno,  
armados de pecho hasta la frente,  
sin aviones, sin guerra, sin rencor,  
el perder a la espalda  
y el ganar  
más abajo del plomo, heridos mortalmente de honor,  
locos de polvo, el brazo a pie,  
amando por las malas,  
ganando en español toda la tierra,  
retroceder aún, y no saber  
¿dónde poner su España,  
dónde ocultar su beso de orbe,  
dónde plantar su olivo de bolsillo! (V., págs. 231-233).

Escribe Unamuno:

Matanzas de curas (A1, pág. 19).  
Azaña, Gil Robles, Casares (A2, pág. 21).  
Madre Cabrera, Trinidad Balboa (A3, pág. 23).  
Turón, Sirval, Casas Viejas, Yeste (A3, pág. 23).  
«Que muero porque no muero» (A4, pág. 25).  
Alhucemas, Don Fabián. No hay que abusar de los cadáveres (B1, pág. 27).  
Los incendios de iglesias y sacrificios de sacerdotes (B1, pág. 27).  
«Mi reino no es de este mundo» (B2, pág. 29).  
Y mi mujer, la que se murió aquí, sin conciencia, ¿dónde está fuera de mí? (B4, pág. 33).  
[...] al saber el fusilamiento del marido de Clotilde, abrí

Evangelio y leí Lucas XI 17 «todo reino dividido en sí mismo etc.» (C1, pág. 35).

El domingo 13 set. cuando se hablaba próxima toma SS y se comentaba ruina de Irún (C2, pág. 37).

Me llamo Jorge. Izquierdista, marxista, etc. (C2, pág. 37).

Santa Teresa cuanta más forma = materia (C4, pág. 41).

Acaso aquel otro no era buena persona, sino discolo, envidioso, pero ¿quiénes somos buenas personas? ¿Quién es bueno? (D1, pág. 43).

Y Vallejo escribe:

[...] Consideremos  
durante una balanza, a quema ropa,  
a Calderón, dormido sobre la cola de un anfibio muerto  
o a Cervantes, diciendo: «Mi reino es de este mundo,  
pero también del otro»: ¡punta y filo en dos papeles!  
Contemplemos a Goya, de hinojos y rezando ante un espejo,  
a Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano  
tuvo un sudor de nube al paso llano  
o a Quevedo, ese abuelo instantáneo de los dinamiteros  
o a Cajal, devorado por su pequeño infinito, o todavía  
a Teresa, mujer que muere porque no muere  
o a Linda Odena, en pugna en más de un punto con Teresa... (V., pág. 224).

Matan el caso exacto de la estatua,  
al sabio, a su bastón, a su colega,  
al barbero de al lado —me cortó posiblemente,  
pero buen hombre y, luego, infortunado;  
al mendigo que ayer cantaba enfrente,  
a la enfermera que hoy pasó llorando,  
al sacerdote con la altura tenaz de sus rodillas... (V., pág. 227).  
Mas desde aquí, más tarde,  
desde el punto de vista de esta tierra,  
desde el duelo al que fluye el bien satánico,  
se ve la gran batalla de Guernica.

[...] En Madrid, en Bilbao, en Santander,  
los cementerios fueron bombardeados,  
y los muertos inmortales,  
de vigilantes huesos y hombro eterno, de las tumbas,  
los muertos inmortales, se sentir, de ver, de oír,  
tan bajo el mal, tan muertos a los viles agresores,  
reanudaron entonces sus penas inconclusas,  
acabaron de llorar, acabaron  
de esperar, acabaron  
de sufrir, acabaron de vivir,  
acabaron en fin de ser mortales! (V., págs. 233-235).

Lo han matado, obligándole a morir  
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquél  
que nació muy niñín, mirando al cielo,  
y que luego creció, se puso rojo  
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía, sus hambres, sus pedazos.

Lo han matado suavemente  
entre el cabello de su mujer, la Juana Vásquez,  
a la hora del fuego, al año del balazo  
y cuando andaba cerca ya de todo.  
Pedro Rojas, así, después de muerto,  
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,  
lloró por España